

Históricas Digital

Patrick Lesbre

“Los funerales de soberanos en las fuentes acolhuas”

p. 179-218

Diálogos con la muerte. Ocho ensayos sobre el deceso humano en Mesoamérica y regiones vecinas

Roberto Martínez González (coordinador)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2022

412 p.

Figuras

(Serie Antropológica 30)

ISBN 978-607-30-6796-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de enero de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/786/dialogos_muerte.html

D. R. © 2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



LOS FUNERALES DE SOBERANOS EN LAS FUENTES ACOLHUAS*

PATRICK LESBRE
Universidad de Toulouse

En el presente trabajo deseamos generar interrogantes sobre las fuentes que empleamos, más que ofrecer o repetir certezas, a veces engañosas, en el estudio de las diferentes versiones referentes a los funerales de los soberanos. Así, se nos permite oponer a la visión simplificadora de la cremación ceremonial; representada en el *Códice Xolotl*, divulgada por Gómara y retomada por Alva Ixtlilxóchitl (con la paradoja de que no tenemos ninguna descripción de los funerales de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli), costumbres más complejas que implicaban la conservación de bienes de los señores difuntos, e incluso la confección de efigies tras la cremación. La ausencia de cremación efectiva de los cuerpos de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli es un dato extraño que parece indicar que fingieron una cremación pública para conformarse con ritos posiblemente ajenos. El hecho de que tales rumores no aparezcan para los soberanos mexicas (tenochcas y tlatelolcas), ni tepanecas o culhuas parece indicar alguna peculiaridad texcocana. Una interpretación moderada sería que Texcoco practicaba diferentes ritos funerarios (las fuentes acolhuas mencionan la existencia de fardos mortuorios y de efigies tras la cremación, así como su emplazamiento, ya fuera en posibles palacios-tumba o en templos-tumba). Una lectura más atrevida sería que para los soberanos se conservaba la práctica de los entierros chichimecas. Algunas fuentes mencionan posibles entierros chichimecas y dejan entrever la existencia de una cueva dinástica.

* Traducción del francés por María del Rocío Maza García de Alba.

SUCESIONES POLÍTICAS CON CREMACIONES

Las cremaciones corresponderían a los *tlatoque* que hubieran muerto “en su cama” o, mejor dicho, en su estera. La versión del bulto funerario recostado con el rostro visible¹ aparece en la lámina 4 del *Códice Xolotl* para Quinatzin, señor de Texcoco; Tochin, señor de Huexotla o Acolmiztli y su sucesor Huetzin, señores de Coatlichan; se utiliza en la lámina 6 para la muerte de Techotlalatzin en Texcoco, de los señores de Huexotla, Coatepec, Acolman y también Tlatelolco y Tenochtitlan. Podría ser una convención gráfica para las sucesiones dinásticas “felices”.² También puede representarse el bulto funerario sentado sin rostro visible (más acorde con la tradición prehispánica) como en el *Códice en Cruz*.

La lámina 8 del *Códice Xolotl* propone una escena de cremación para los funerales de Tezozómoc.³ Se representa el fardo funerario sobre la pira encendida (el soporte de madera es visible bajo las llamas). Esta escena de cremación incluye el detalle de una corona y de un collar de flores. Este tipo de detalles es escaso en los manuscritos pictográficos de México central. El *Códice Tudela*⁴ no muestra directamente la cremación, sino el bulto mortuario cubierto por diversos ornamentos de papel, joyas, *xihuitzollí*, otros adornos y ofrendas. A primera vista, la escena del *Códice Xolotl* es mucho menos detallada o precisa. La glosa alfabética del *Tudela* aporta además valiosa información: “Esta figura es de algún gran

¹ O máscara funeraria.

² Sin embargo, con Cihuacuecuenotzin e Ixtlilxóchitl es retomada para indicar el transcurso de once años desde sus brutales muertes por asesinato o ejecución. Véase *Códice Xolotl*, edición, estudio y apéndice de Charles E. Dibble, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980 (Serie Amoxtlí, 1), lám. 10.

³ Escena 80 F de Marc Thouvenot, *Codex Xolotl. Etude d'une des composantes de son écriture: les glyphes. Dictionnaire des éléments constitutifs des glyphes*, tesis de doctorado, París, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1987. Habla de la Ley de Topiltzin para este tipo de funerales, ha sido analizada por Patrick Johanson K. en *Miccacuicatl. Las exequias de los señores mexicas*, México, Primer Círculo, 2016, p. 176-186.

⁴ *Códice Tudela*, ed. facs., volumen de estudio de Juan José Batalla Rosado, Ministerio de Educación, Cultura y Deportes, Agencia Española de Cooperación Internacional, Testimonio Compañía Editorial, Torrejón de Ardoz, 2002, f. 55r.

S[eño]r o çaçique que se moria, q[ue] le vestian despues de muerto desta manera e le ponian sobre un petate o estera, y le ponian delante mucha comida y le davan fuego, y se quemava ello, y el, y el pu[eb]lo estava en gran areyto y bayle en tanto q[ue] se quemava, y los polvos del despues de quemado bevian en vino su muger y hijos o parientes mas çercanos/ y ansi bevieron los de Montençauma”.⁵

Si bien la glosa del *Tudela* resulta apasionante por sus detalles referentes a los ritos funerarios, la imagen difiere de la del *Códice Xolotl*, que no busca representar de manera exhaustiva los funerales de un señor y se limita a lo esencial. Es notoria la ausencia de *xihuitzoll*, inútil por la presencia del glifo antropónimo de Tezozómoc. En cambio, los soportes de madera para la cremación son un detalle inédito que no aparece en las ilustraciones “proto-etnográficas” del *Códice Tudela*⁶ ni del *magliabechiano*.⁷ Incluso podemos constatar, que la cremación no es directamente representada por los informantes indígenas; en el mejor de los casos, aparece una especie de brasero bajo el bulto mortuorio,⁸ como disociado, para volver más comprensibles los detalles,⁹ a no ser que se tratara de la parte alta del fardo mortuorio recubierta de brasas, y en ese

⁵ *Códice Tudela...*, f. 55r.

⁶ *Códice Tudela...*, f. 55r.

⁷ *Códice magliabechiano. Libro de la vida*, Ferdinand Anders, Maarten Jansen, Luis Reyes García (comisión técnica investigadora), México, Fondo de Cultura Económica, Graz, Akademische Druck und Verlagsanstalt, 1996, f. 66r., 67r., 68r., 69r. Por el contrario, la lámina 4 del *Códice Nuttall* presenta en el año 6 Tochtli (Conejo) dos fardos funerarios que parecen posados en una estructura de madera compuesta por tres planchas horizontales y tres postes verticales hincados en la tierra, todos coloreados. La misma estructura se encuentra en la lámina 21 para otros dos fardos funerarios con el rostro rayado en rojo (3 Ozomatli, 4 Calli) en el año 3 Mitl (Flechas). Una estructura más simple con dos postes y tres planchas del mismo color aparece en la lámina 87 en la cremación de un “caballero” jaguar. *Códice Nuttall*, reproducción del facsímil editado por el Museo Peabody de la Universidad de Harvard, introducción por Zelia Nuttall, México, Editorial La Estampa Mexicana, 1974.

⁸ Glosado “dios del fuego” en el *Códice Tudela...*, f. 57r., mientras que la glosa del *magliabechiano* indica claramente la cremación: “y le ponían mucha leña sus parientes, le hazía ceniza, como antiguamente lo solían hazer los Romanos, en tpo de su gentilidad. delante del sacreficavan uno o dos esclavos para q[ue] con el le enterrasen despues de q[ue]mados...”.

⁹ *Códice magliabechiano...*, f. 66r; *Códice Tudela...*, f. 57r.

caso, de una modalidad de cremación diferente de la mostrada en el *Códice Xolotl*. Sólo en el *Manuscrito Tovar* se dibuja, —de manera muy occidentalizada, puesto que es más tardío— la cremación de un soberano: Ahuizotl,¹⁰ en otra escena que pretende ser histórica, como la del *Códice Xolotl*. Sin embargo, solamente se representan las llamas occidentales, sin que sea posible comprender cómo está constituida la hoguera. Esto pone de manifiesto el interés que revisiten fuentes tales como un código histórico antiguo, aparentemente sin relación con la religión prehispánica.

El bulto mortuorio de Tezozómoc en el *Códice Xolotl*¹¹ tiene una corona y un collar de flores, lo que humaniza la cremación y presenta a Tezozómoc como un soberano correcto y no tiránico, a pesar de sus exacciones contra Texcoco diez años atrás —seguramente por haber dejado vivir a Nezahualcóyotl—. Vemos a Nezahualcóyotl con xochitl¹² en ambas manos (y detrás suyo a su servidor con un xochitl y el collar de flores destinado al soberano difunto): estos xochitl, depositados delante de la pira, son las únicas ofrendas señaladas, ya que la escena se centra en el aspecto político y no en los detalles religiosos (ofrendas de alimentos, bebidas, adornos, esclavos y concubinas sacrificados).

Alva Ixtlilxóchitl proporciona detalles sobre esta costumbre funeraria en la “Sumaria relación de todas las cosas de la Nueva España”, al hablar de los funerales de Tezozómoc:

Y antes de esto, así como murió le lavaron el cuerpo muy bien, y después *le enjuagaron con agua de trébol* y otras cosas olorosas para que tomase aquel olor su cuerpo; y luego le pusieron sus vestiduras reales y las joyas de oro y piedras preciosas conforme se vestía los días de fiesta y en negocios públicos, *cortándole ciertos cabellos de la coronilla, para que hubiese memoria de él*, y metieronle en la boca unas esmeral-

¹⁰ Tovar, Juan de, *Manuscrito Tovar, origines et croyances des Indiens du Mexique*, edición de Jacques Lafaye, Graz, Akademische Druck und Verlagsanstalt, 1972, f. 128r.

¹¹ *Códice Xolotl...*, lám. 8.

¹² Podría traducirse como flor, pero remite aquí a un objeto o arreglo compuesto con varias flores y plumas. Se ve uno en manos del cantante de la sala de la música del palacio real de Texcoco en la lámina 2 del *Mapa Quinatzin*, o en manos de Nezahualpilli en el folio 110r del *Códice Ixtlilxóchitl*.

das, y después le amortajaron, sobre todo esto, *con diez y siete mantas reales muy finísimas* y costosas con mucha perla, dejándole sólo el rostro descubierto, y después le pusieron otra muy fina donde estaba el ídolo Tezcatlipuca retratado muy al natural; y después pusieron el cuerpo sobre una estera sentado, y en el rostro *con una máscara de turquesas* muy al natural hecha conforme la fisionomía de su rostro. Esto no se usaba sino era con los monarcas de esta tierra; a los demás reyes les ponían una máscara de oro.¹³

Estos datos son tal vez tardíos (principios del siglo XVII), pero proponen detalles inéditos con respecto a los ritos funerarios, que no se encuentran en el *Códice magliabechiano* ni en el *Tudela*, aunque podrían estar influenciados por la lectura de Gómara¹⁴ o de Torquemada, cuyos textos conocía Alva Ixtlilxóchitl.

La comparación con Gómara reduce grandemente este aspecto inédito ya que él también menciona, desde 1522, el hecho de cortar un mechón de cabellos, las 17 capas, o la presencia de una máscara: “Lo lavaban, le cortaban una guedeja de cabellos de la coronilla, y los guardaban, diciendo que en ellos quedaba la memoria de su alma. Le metían en la boca una fina esmeralda; le amortajaban con diecisiete mantas muy ricas y muy bordadas de colores, y sobre todas ellas iba la divisa de Vitcilopuchtli o Tezcatlipuca, o la de algún otro ídolo devoto suyo, o la del dios en cuyo templo se mandaba enterrar. Le ponían una máscara muy pintada de diablos y muchas joyas, piedras y perlas”.¹⁵ No faltaba pues, más que la

¹³ Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, “Sumaria relación de todas las cosas de la Nueva España”, en *Obras históricas*, v. 1, 12.^a relación, edición de Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 351 [el énfasis es mío].

¹⁴ Francisco López de Gómara, “Enterramiento de los reyes”, en *Historia de la conquista de México*, Madrid, 1986 (Historia 16), p. 439-440.

¹⁵ *Idem*, Motolinía en sus *Memoriales* no aporta cifras tan precisas, “embo-luíanle con quinze o veynte mantas ricas texidas de labores”. Precisa, en cambio, el sentido de la piedra verde colocada en la boca del muerto: “y aquella piedra dezían que le ponían por corazón”; recuerda su uso en las estatuas de los ídolos, y establece un vínculo entre ambas prácticas. De igual forma, posiblemente fue el primero en indicar la costumbre de los mechones de cabellos: “cortáuanle vnas guedexas de cabellos de lo alto de la coronilla en los quales dezían que quedaua la memoria de su ánima”. Agrega la mención de cabellos cortados el día del nacimiento: “y el día de su nacimiento e muerte y aquellos cabellos y otros que le

composición del agua para el arreglo del difunto. Alva Ixtlilxóchitl agrega precisiones en cuanto a la hora de la cremación (antes del alba): “Y al tiempo que volvieron a palacio, que ya quería salir el sol”.¹⁶ Explica esto como una correspondencia con la hora de la muerte de Tezozómoc, y no como una regla general: “y *al quinto día* del año, *que fue nahui olin*, que es el cuarto día de su semana, y a la nuestra en el mismo año referido atrás, a los veinte y cuatro de marzo, *antes que amaneciese*, y que fue *en la misma hora que éste murió*, dieron orden de llevarlo al templo mayor de Tezcatlipuca para enterrarlo [*sic*, porquemarlo], porque se habían cumplido los cuatro días naturales según la ley de Topiltzin”.¹⁷ Fue porque Tezozómoc murió antes del alba (detalle indicado pictográficamente en el *Códice Xolotl*) que sus funerales tuvieron lugar a esa hora. Dejamos para los especialistas en religión prehispánica el validar o no dicha información.

Hay que señalar que Motolinía presta poca atención a la máscara funeraria, en contraposición con los datos de Alva Ixtlilxóchitl.¹⁸ En cambio, su mención de un tiempo de espera de cuatro días antes de hacer los funerales es confirmada por la lámina 8 del *Códice Xolotl*: Tezozómoc muerto está asociado con 4 o 5 fechas, a

avian cortado quando nascio y se los thenian guardados y ponianselos en una caxa pintada por de dentro de figuras del demonio” [no hemos seguido la ortografía utilizada por Nancy Joe Dyer; preferimos volver el texto más comprensible colocando -v en lugar de -u donde fue posible, sin por ello modernizar totalmente el texto. Esto se aplica a todas las citas de Motolinía presentes en este artículo]. Podemos ver hasta qué punto el texto de Gómara resume el de Motolinía, al que posiblemente tuvo acceso, aunque manuscrito. La versión publicada de Gómara circuló a partir de 1552 y se convirtió en una especie de versión “oficial” de las costumbres funerarias aztecas. Fray Toribio de Benavente Motolinía, *Memoriales*, edición, introducción, notas y apéndice de Nancy Joe Dyer, México, El Colegio de México, 1996, f. 86r, lápiz, f. 3, tinta, p. 417.

¹⁶ Alva Ixtlilxóchitl, “Sumaria relación...”, v. 1, 12.^a relación, p. 352.

¹⁷ *Ibidem*, p. 351 [el énfasis es mío].

¹⁸ Sólo hace una breve alusión: “E amortajado e cubierto el rostro” Motolinía, *Memoriales*, p. 418. Sin embargo, es capaz de indicar la ausencia del toque de tambor en la música funeraria (“Pero en este auto no thenían atabales aunque siempre tienen de costumbre de nunca cantar sin también tañer atabales”), así como la manera de matar al perro (“y la muerte que le davan hera frechándole [fléchándole] con una saeta por el pescueço”) y su papel de conductor de almas. véase Motolinía, *Memoriales...*, p. 418 y 419.

saber 13 Acatl (con una indicación leída como salida del sol por Alva Ixtlilxóchitl), 1 Ocelotl, 2 Cuauhtli y 3 Cozacuauhtli, pero sus funerales no tuvieron lugar sino en la quinta fecha, 4 Ollin.¹⁹ 13 Acatl es leído como la indicación del año de su muerte,²⁰ que aquí nada permite distinguir de un glifo de día.²¹ Nos inclinamos por su lectura como un glifo de día (que coincide con el año), ya que se inscribe perfectamente en la secuencia lógica de los días (en lo relativo a los signos, tanto como a los números). De esta manera, se habrían completado cuatro días enteros antes de proceder a la cremación del difunto señor.

La única otra escena de cremación en el *Códice Xolotl* es la del soberano de Texcoco Ixtlilxóchitl, ejecutado por los tepanecas (de Chalco y de Otompan) en 1418. No tuvo una pira en debida forma, pero su fardo funerario fue dotado de cabeza, como si no hubiese sido decapitado, que es la versión acolhua de la historia.

Podríamos deducir de esta escena de la cremación de Ixtlilxóchitl, que sus descendientes directos, los soberanos de Texcoco de la época azteca (su hijo Nezahualcóyotl y su nieto Nezahualpilli), fueron incinerados de la misma forma. Tales escenas están ausentes del *Códice Xolotl*, que termina en 1427, con la reconquista de Texcoco por Nezahualcóyotl, quien comienza así su reinado.²² Por falta de espacio, el *Códice en Cruz* solo indica sus muertes en forma de un fardo mortuorio sin rostro, ya no acostado, sino sentado (en

¹⁹ Con una ligera incertidumbre respecto al transcurso o no de una trecena entera, gracias a la presencia del signo 9 “espina”, unido a los soportes que sostienen el bulto mortuorio. Ese glifo no fue identificado por Dibble. En la secuencia lógica de los signos de los días, debiera tratarse del signo Ehecatl si la cifra es un 9, o de Cipactli si la cifra es un 8. Podría también tratarse de un nombre calendárico, constituyendo un detalle excepcional en el *Códice Xolotl*. Véase *Códice Xolotl...*, p. 102-103.

²⁰ *Códice Xolotl...*, p. 102.

²¹ Este glifo no está enmarcado. Únicamente la representación de los años anteriores (7 Calli a 12 Tochtli) podría confirmar esta lectura, así como el mayor tamaño del signo en relación con los otros. Hay que señalar que Dibble ve el glifo indicativo del alba asociado con este glifo del año 13 Acatl, pero en realidad está unido por una línea negra continua con el día 1 Ocelotl.

²² *Códice Xolotl...*, lám. 10.

1472 para Nezahualcóyotl; en 1515 para Nezahualpilli).²³ Sabemos, gracias a una nota de Alva Ixtlilxóchitl, que 300 personas fueron sacrificadas para los funerales de Nezahualpilli:²⁴ “y cuando murió Nezahualpiltzintli, *le quemaron el cuerpo como a su padre*, y asimismo quemaron con él mucho oro, plata, joyas, chalchihuites y penachos, y doscientos indios varones y esclavos, y cien esclavas”.²⁵ Esta indicación discreta, que no figura en las versiones oficiales de este autor (quien de esta forma censura los sacrificios humanos practicados en Texcoco), recuerda el contenido de los códices *Tudela*, *magliabechiano* o *Nuttal*,²⁶ que representaban gráficamente estos sacrificios humanos, detalle que no encontramos hasta ahora en ningún manuscrito pictográfico acolhua. Motolinía y Gómara, que lo resume, precisan los sacrificios de esclavos realizados el cuarto, el vigésimo, el sexagésimo y el octogésimo días.²⁷ Para tratarse de la única mención directa de cremación para Nezahualcóyotl y Nezahualpilli en las fuentes acolhuas, constatamos que es frágil.

¿ADORNOS, CREMACIÓN O FUNERALES DISTINTOS?

Un detalle que perturba la deducción, en apariencia lógica, de que si Ixtlilxóchitl fue incinerado entonces sus descendientes directos

²³ Del mismo modo que indicaba su nacimiento, con la precisión del día, por tratarse de personajes históricos importantes para el (o los) escriba(s) del *Códice en Cruz*.

²⁴ Nota 4 al final de la 13.^a relación “Continuación de la historia de México”, Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, 1975, v. 1, p. 386 “Noticias sobre Nezahualpilli”. Aquí, Alva Ixtlilxóchitl se aleja un poco del texto de Gómara que menciona 200 sacrificados para los funerales de los soberanos: “Entre tanto que ardía la hoguera y quemaban al rey y al perro, sacrificaban los sacerdotes doscientas personas, aunque en esto no había tasa ni ordinario.” López de Gómara, “Enterramiento de los reyes”, p. 440.

²⁵ Nota 4, al final de la 13.^a relación “Continuación de la historia de México”, Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, v. 1, p. 386 “Noticias sobre Nezahualpilli” [el énfasis es mío].

²⁶ *Códice Tudela...*, f. 57r.; *Códice magliabechiano...*, f. 66r.; *Códice Tudela...*, f. 57r.; *Códice magliabechiano...*, f. 66r.; *Nuttal...*, p. 4. Un corazón humano con dos raudales riega de sangre el rostro del bulto mortuorio a la izquierda, mientras que otro raudal de sangre procedente de un ave decapitada lo hace por la derecha.

²⁷ López de Gómara, “Enterramiento de los reyes”, p. 440.

también lo fueron es el hecho de que el médico Francisco Hernández haya visto en Texcoco los atavíos de esos dos soberanos religiosamente conservados.

Su estatua, su escudo, banderas, trompetas, flautas, armas y otros ornamentos que tenía la costumbre de portar *tanto en la guerra como en las danzas colectivas* y que encontramos conservados con muy grande respeto religioso, *junto con el tambor* con el cual daba la señal de asalto cada vez que se lanzaba contra el enemigo o hacía sonar la retirada; tuve el cuidado de mandarlos pintar a fin de mostrar a nuestros hombres, en la escala de mis posibilidades, las cosas pasadas, y para que quienes no tuvieron la oportunidad de ver a gentes tan distantes, las conozcan en la medida de lo posible. Nos preocupamos de hacer lo propio en el caso de Neçaoalpitzintli.²⁸

Ya hemos comentado en otra parte la importancia de estos dos retratos de los soberanos de Texcoco.²⁹ El hecho de que Hernández haya indicado que haría lo mismo para Nezahualpilli incita a pensar que en la lámina se le representa no con sus vestidos de guerra, sino con los que llevaba en las danzas o ceremonias. Por su parte, Durán da testimonio de haber visto la representación de Nezahualpilli en atuendo militar, en un manuscrito pictográfico.³⁰

²⁸ Francisco Hernández, *Antigüedades de la Nueva España*, Madrid, 1986 (Historia 16), p. 133 [el énfasis es mío]. Véase Francisco Hernández, *De antiquitatibus Novae Hispaniae Authore Francisco Hernando medico et historico Philippi II et indiarum omnium medico primario. Códice de la Real Academia de la Historia en Madrid*, edición facsímil, México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología Historia y Etnografía, 1926, f. 74r (lib. II, cap. 13): “praecepit huius ~~for~~ imaginem, parmam, insignia, tubas, tibias, ac tela caeteraque ornamenta, quibus tum bello, tū etias publicijs tripudijs exercendis uti consueverat, quae magna reperimus religione servata, cum timpano, quo signum belli dabat, quoties esset rerumpendum in hostes, aut receptui Canendum, de pingi curavimus, ut provinile partemea sub oculos nostrorum hominem ponerem occiduas res, et ij quibus videre tam se positas gentes nondatur, quo quomodo fieri posset, easdem anim conciperent, idem faciendum curavimus de Neçaoalpiltzintli”.

²⁹ Véase Patrick Lesbre, “Illustrations acolhua de facture européenne (Codex Ixtlilxochitl, f. 105112)”, *Journal de la Société des Américanistes*, n. 842, 1998, p. 97-124.

³⁰ Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, México, Porrúa, 1967, t. 2, p. 385: “Aunque en una pintura tezcucana lo

Así pues, los atavíos guerreros y civiles de cada soberano texcocano, parecieron conservarse hasta la década de 1570 en Texcoco.

Después de morir Nezahualcóyotl en 1472, la transmisión de sus prendas civiles y militares duró cerca de 50 años antes de la conquista de Texcoco por Cortés a finales de diciembre de 1520. Para el momento en que Francisco Hernández las observó en Texcoco, esta transmisión habría durado un poco más de un siglo.³¹

El hecho de que estos objetos no hubieran sido consumidos por el fuego plantea un problema. Habitualmente, la visión que se tiene de los funerales aztecas es que los soberanos eran quemados con ofrendas de calidad y con sacrificios humanos. Tal es la versión que difundió el texto impreso de Gómara de 1522, convertido en la “versión oficial” de los funerales aztecas, y retomado por la mayoría de los cronistas posteriores.

Así lo señala Alva Ixtlilxóchitl en la “Sumaria relación...”, con respecto a los funerales de Tezozómoc, apartándose de la escena resumida en el *Códice Xolotl*: “y muchos caballeros vasallos suyos, los cuales llevaban muchos tendones [*sic*, por “pendones”] y joyas y plumería, *que habían sido del rey*, rodela y macanas, arcos y flechas, mazas y lanzas. Iban todos cantando un romance de su muerte, hechos y hazañas, y los reyes, señores y embajadores con sus bastones y insignias, como ya está declarado, iban llorando por el difunto”.³² Dicho de otra forma, los atavíos militares de Nezahualcóyotl (entre los que se encontraba su famoso escudo), debían de haber sido quemados con él, si nos atenemos a la versión de las obsequias de los soberanos aztecas publicada por Gómara

vi pintado con sus armas y una espada y rodela en las manos y un indio asido de los cabellos y un rótulo a los pies que decía: ‘Aquí prendió Nezahualpiltzintli a este capitán en la guerra de Huexotzingo’, y estaba señalado el año”.

³¹ Con la dificultad del incendio del palacio real en aquella ocasión, lo cual hubiera causado normalmente la pérdida por lo menos de las vestimentas y atuendos de Nezahualpilli. Pero como este soberano dejó dos palacios de su nombre en Texcoco, se puede pensar que estaban en el palacio que no quemaron los españoles y tlaxcaltecas, o fueron escondidos (opción más verosímil para explicar cómo pudieron preservarse en una ciudad ocupada hasta junio 1521 por las tropas de Cortés como base para la reconquista del Valle Central).

³² Alva Ixtlilxóchitl, “Sumaria relación...”, v. 1, 12.^a relación, p. 352 [el énfasis es mío].

desde 1552: “Los señores, los caballeros y criados del difunto llevaban rodelas, flechas, mazas, banderas, penachos y otras cosas así, *para echar en la hoguera*. [...] *Echaban también a quemar* todas las armas, plumajes y banderas con que le honraban, y un perro que lo guiase [...]”.³³

Esto es lo que se esperaría que representaran las diferentes ilustraciones de las investigaciones proto-etnográficas señeras, a mediados del siglo XVI.³⁴ Si bien las ofrendas son representadas, no se hace explícita su cremación. Solamente la ilustración tardía del *Manuscrito Tovar* asocia las ofrendas con la cremación de un señor:³⁵ un magnífico adorno de plumas para el brazo y un espléndido collar de *chalchihuitl*.³⁶

Ahora bien, las prendas militares de Nezahualcóyotl fueron dibujadas por los pintores (¿indígenas?) de Francisco Hernández, con base en los objetos reales aún conservados religiosamente en Texcoco; reconocemos además de un *maquahuítl*, su escudo de ceremonias (con un decorado característico), su yelmo específico (con “cuernos” u orejas de perro o de coyote, según algunos), su tambor de guerra (igualmente específico, únicamente conocido por testimonios iconográficos), un *ichcahuípil* de plumas tropicales azules y un magnífico faldellín de plumas (amarillo, rosa, verde con un discreto ribete azul y blanco, antes de rematar con un borde verde, posiblemente procedente de aves como *tlauhquechol*, *quetzal*, *xiuhtototl*, etcétera).

Alva Ixtlilxóchitl afirma que esos objetos preciosos de oro y plumas eran repartidos en los templos después de la incineración del difunto: “Y después de acabados los oficios *tomaban el oro, joyas y plumería los sacerdotes, y metíanlo en las sacristías para adorno de los ídolos*, y las mantas y comida se repartían entre los sacerdotes”.³⁷

³³ López de Gómara, “Enterramiento de los reyes”, p. 439-440, [el énfasis es mío].

³⁴ *Códice Tudela...*, f. 59r, *Códice magliabechiano...*, f. 66r a 69r.

³⁵ En este caso, de Ahuizotl. Véase *Manuscrito Tovar...*, f. 128r.

³⁶ Los mismos elementos se representan de nuevo con exactitud en los funerales de Moctezuma (f. 130r), esta vez sin cremación, pero con el cortejo de los servidores destinados al sacrificio.

³⁷ Alva Ixtlilxóchitl, “Sumaria relación...”, v. 1, 12.^a relación, p. 352, [el énfasis es mío].



Esto podría explicar que los aderezos de los reyes de Texcoco sobrevivieran hasta alrededor de 1575, a condición de que hubieran sido salvados de los templos incendiados por sorpresa por los franciscanos en 1525. Con toda seguridad, dichos objetos fueron escondidos durante la conquista para escapar al saqueo de la ciudad entre 1519 y 1520, antes de la Noche Triste; al regreso de Cortés a finales de diciembre de 1520 (con el incendio del palacio real)³⁸ y en 1521. Habrían debido de escapar también a la ira de la Inquisición apostólica en su búsqueda de ídolos en Texcoco en 1539, durante el famoso proceso de Carlos Ometochtli.³⁹

Tenemos, pues, una primera duda sobre las ofrendas que acompañaban la cremación de los señores difuntos. Viene seguida por incertidumbres aún mayores a propósito de los señores de Texcoco.

¿AUSENCIA DE LAS CREMACIONES DE NEZAHUALCÓYOTL Y NEZAHUALPILLI?

La acotación de Alva Ixtlilxóchitl parecía confirmar o considerar comprobada la cremación de Nezahualcóyotl y de Nezahualpilli. No obstante, las versiones históricas detalladas plantean elucubraciones que giran en torno a la ausencia de cremación efectiva de los cuerpos de estos soberanos texcocanos, como si hubieran fingido una cremación pública para conformarse con ritos posiblemente ajenos.

En el caso de Nezahualcóyotl, se menciona el hecho de que su muerte fue escondida para evitar rebeliones.

cuya muerte se encubrió, por haberlo así ordenado y mandado el difunto (como dejamos dicho); y como no hay cosa de tanto secreto que por alguna parte no se trasmite luego, la muerte de este rey sonó por todo el reino, y muchos vinieron a la corte a dar el pésame

³⁸ Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", en *Obras Históricas*, v. 2, p. 242.

³⁹ *Proceso inquisitorial del cacique de Tetzaco*, 2009, México, Congreso Internacional de Americanistas/Gobierno del Distrito Federal.

de ella, la cual siempre les fue negada; y a los que preguntaban por el rey difunto se les decía que luego que hizo elección de rey se fue a partes que nunca más de él supieron; y en confirmación de esto hicieron muchas fiestas y alegrías, convirtiendo en fiestas de regocijo las obsequias de el rey muerto y celebrando con ellas la elección del nuevo rey Nezahualpilli. De aquí tomaron motivo los del común y gente popular de entender que se había trasladado de esta vida mortal a la inmortal y compañía de los dioses. Mentira necia y digna de gente que no conoce a Dios, ni se rige por sus leyes.⁴⁰

Así es que no contamos con descripciones de los funerales de Nezahualcōyotl de la pluma de cronistas como Torquemada o Alva Ixtlilxōchitl, quienes retoman la versión de una muerte ocultada por orden del mismo Nezahualcōyotl, con el interés de preservar la cohesión de su reino, al evitar posibles revueltas de las provincias tributarias.⁴¹ De manera que, dejando aparte las afirmaciones tardías de Alva Ixtlilxōchitl y Torquemada, de principios del siglo XVII, la cremación no es segura, lo que aporta aún mayor valor a las indicaciones de Pomar en la *Relación de Tezcoco* de 1582.

Cuando la familia de Nezahualpilli (mujeres e hijos) supieron su muerte, se menciona una cremación: “y por esto quemaron su cuerpo sin pompa, ni majestad, como debiera ser quemado un rey tan famoso como Nezahualpilli había sido”.⁴² Un detalle en la crónica de Torquemada señala que el fardo mortuorio de Nezahualpilli se quemó demasiado rápido, lo cual levantó sospechas de que no estaba muerto, sino que se había marchado y escondido:

Y dicen que se quemó aquella figura tan fácilmente como que hubiera sido fingida de trapos viejos o paja [...] Y que quedaron muy pocas cenizas

⁴⁰ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, v. 1, lib. II, cap. 56, p. 241.

⁴¹ *Ibidem*, p. 240: “Item, os amonesto y encargo que en mi muerte no hagáis ningún sentimiento, ni lloreís, ni me solemnicéis mis exequias, porque las provincias sujetas a mi señorío no se alboroten, pareciéndoles, muerto yo que soy el que los he sujetado y mantenido en justicia, que ya quedan desobligados a Nezahualpilli que me sucede en el mando y gobierno, y no se procuren substraer y alzarle la obediencia, viéndole niño de poca experiencia”

⁴² Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. II, cap. 80, p. 297.

*de él, las cuales echaron en una cajita de oro y la pusieron en el lugar de su sepulcro; y como vieron que tan presto se había quemado un cuerpo humano, no se persuadieron algunos a que era él, sino alguna cosa que lo fingía; y se confirmaron en la bárbara opinión que tuvieron de que su rey Nezahualpilli no había muerto sino que se había ido a reinar a los reinos septentrionales*⁴³

Esta tradición podría parecer novelada y un tanto tardía, pero para narrar el fin del reinado de Nezahualpilli, Torquemada empleó fuentes acolhuas, entre las cuales hay una que parece traducir del náhuatl (ejecución de su hijo mayor Huexotzincatzin, adulterio de Chalchiuhnene, divisiones entre sus sucesores),⁴⁴ por lo que podría tratarse de la reelaboración de una versión indígena.

Las cremaciones de estos soberanos de Texcoco, habrían tenido lugar antes de la conquista y no se ponen de antemano en tela de juicio; pero los rumores de efigies quemadas o de muertos escondidos resultan curiosas, y hacen un eco perturbador al aunar a ellos la presencia de los adornos reales de estos soberanos, aún intactos y religiosamente conservados (y habiendo escapado cuidadosamente a la represión de 1539 contra don Carlos), atestiguada en la década de 1570.

Es curioso que tales rumores no aparezcan para los soberanos mexicas (tenochcas y tlatelolcas), ni tepanecas o culhuas. ¿Presentaría Texcoco alguna peculiaridad? Podemos aventurar dos interpretaciones: una moderada y la otra extremista. O bien Texcoco practicaba diferentes ritos funerarios, o bien, conservaba para los soberanos la práctica de los entierros chichimecas.

⁴³ *Idem*, [el énfasis es mío]. Torquemada establece un paralelo con la efigie del rey David, hecha por su mujer Michol con la intención de engañar a los soldados enviados para asesinarlo. Para más detalles sobre la creencia popular de que los reyes de Texcoco no estaban muertos, véase Patrick Lesbre, "Oublis et censures de l'histoire coloniale: Nezahualcoyotl", *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien Caravelle*, Toulouse, n. 72, 1999, p. 11-30.

⁴⁴ Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. II, cap. 83-86, p. 303-311; Patrick Lesbre, *La construcción del pasado indígena de Tezcoco. De Nezahualcōyotl a Alva Ixtlilxóchitl*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2016, p. 296.

¿RITOS FUNERARIOS DIFERENTES? INTERPRETACIÓN MODERADA

Las fuentes acolhuas mencionan la existencia de fardos mortuorios y de efigies, así como su emplazamiento, ya fuera en palacios-tumba o en templos.

¿Efigies post mortem?

La existencia en Texcoco de atavíos civiles y militares de los antedichos soberanos entre 1570 y 1577, podría indicar que los ritos funerarios eran más complejos de lo que deja ver la versión resumida en los códices *Tudela* o *magliabechiano*. Es casi seguro que las prendas fueran conservadas para la imitación del cuerpo del soberano, de la que habla Pomar en la *Relación de Tezcoco* de 1582: “Y de lienzos, atado como mejor podían, hacían un bulto como de persona que estaba sentada, la cual, puesta encima [de] la caja, [all]í cubrían de hábitos reales y le ponían una máscara de oro o de turq[ue]sas engastonadas en otra máscara: y allí era guardado con mucha veneración, donde todos los q[ue] de nuevo venían, y q[ue] no pudieron llegar a tiempo de llorarle el cuerpo presente, le lloraban y le hacían semejante plática como se ha dicho”.⁴⁵ Gómara hace mención de ello desde 1552 en los funerales de los soberanos de México: “Al otro día cogían la ceniza del quemado y los dientes, que nunca se quemaban, y la esmeralda que llevaba en la boca; todo lo cual lo metían en un arca pintada por dentro de figuras endiabladas, con la guedeja de cabellos, y con otros pocos cabellos que cuando nació le cortaron, y tenían guardados para esto. La cerraban bien, y ponían encima de ella una imagen de palo, hecha y ataviada al natural como el difunto”.⁴⁶

⁴⁵ Juan Bautista Pomar, *Relación de Tezcoco*, folio 43v. Véase Juan Bautista Pomar, “Relación de Texcoco”, en *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, René Acuña (ed.), t. 3, v. 8, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1986, p. 83.

⁴⁶ López de Gómara, “Enterramiento de los reyes”, p. 440.

Incluso es posible que la lámina del *Códice Ixtlilxóchitl*, con una representación de Tlaloc, muy precisa, y la del *Códice Veytia* que copia el perdido original acolhua de Huitzilopochtli, del mismo estilo, correspondan no a adornos religiosos escondidos en Texcoco (lo que parece inconcebible, dada su representación detallada de fines del siglo XVI), sino a los adornos portados por el rey vivo,⁴⁷ o tras su velada fúnebre, en calidad de *ixiptla* de esta divinidad (y posiblemente de otras). Pomar indica que el cuerpo del soberano difunto era revestido con los ropajes de Huitzilopochtli justo antes de su cremación:

Pasados los cuatro días, componían el cuerpo de semejantes arreos q[ue] los del ídolo de Huitzilopuchtli, y llevado al patio de su templo, q[ue], como se ha dicho, era el principal cu desta ciudad, y allí, adornado como estaba, *era q[ue] mado hasta hacerse ceniza, con todos los hábitos reales que habían servido a su persona*, con toda la pedrería rica y piedras preciosas de que, siendo vivo, se componía. Y, secas las cenizas y cogidas en una caj[a de] piedra o madera, [las] llevaban a la [casa] real, en un aposento q[ue] para ello estaba asignado.⁴⁸

No obstante, la cita dice claramente que el señor de Texcoco ardía junto con todos los vestidos reales que había portado. Entonces, los vestidos reales conservados en Texcoco, vistos y dibujados por Francisco Hernández entre 1570 y 1577, tal vez habrían sido confeccionados para su efigie mortuoria, después de su cremación. Pero en este caso ¿cómo explicar que fueron presentados como los atavíos personales de guerra o de danza de Nezahualcóyotl, y que se les reverenciara casi como a reliquias (recordemos que Hernández enfatiza que eran “conservados con muy grande respeto religioso”)?

⁴⁷ Guilhem Olivier menciona que la manera de vestir a los futuros gobernantes en ceremonias de investidura “hace pensar que los personajes así cubiertos eran identificados simbólicamente con bultos sagrados.” Guilhem Olivier, “Las tres muertes simbólicas del nuevo rey mexica: reflexiones en torno a la entronización en el México Central prehispánico”, en *Símbolos de poder en Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2008, p. 265.

⁴⁸ Pomar, “Relación de Texcoco”, p. 83 [el énfasis es mío].

La elaboración de la efigie del señor difunto es mencionada desde los años de 1540 por Motolinía en sus *Memoriales*: “Y ençima de aquella caxa [con cenizas, huececillos y cabellos] hazían una figura de palo que hera ymagen del señor difunto, y componíanla, y ante ella hazían sufragios, ansí las mugeres del muerto como sus parientes. Y dezían a esta çerimonia quitonaltia”.⁴⁹ Agrega que se rendía culto a dicha efigie, aunque aparentemente por un período reducido, como prolongación directa de los funerales: “Quatro días le hazían de honrras, llevándole ofrenda allí do le avían quemado. A algunos la llevavan dos vezes al día la ofrenda, y a otros sóla una vez; e lo mesmo hazían ante la caxa do estavan los cabellos y la ceniza y lo demás. Ésta que he dicho hera la costumbre de enterrar los grandes y principales señores”.⁵⁰

Gómara menciona las ofrendas hechas después de la cremación a la efigie del difunto: “Duraban las exequias quatro días, en los cuales llevaban grandes ofrendas las hijas y mugeres del muerto, y otras personas, y las ponían donde fue quemado, y delante del arca y de la figura”.⁵¹ Pero Motolinía, después de haber detallado con erudición el número de sacrificios humanos realizados el cuarto, vigésimo, cuadragésimo, sexagésimo y octogésimo día, concluye con una observación fundamental, olvidada por Gómara:

Esto hera como cabo de año, y de ahí adelante no matavan mas, pero *cada año hazían memoria ante la caxa*. Y entonces sacrificavan codornizes o conejos, aves y mariposas. E ponían ante la caxa *e ymagen* mucho ynçienso e ofrenda de comida e rrosas e unos canutos o cañas que dizen acayyetl [...] Esto ofresçían cada año hasta quatro años, y en esta memoria de los difuntos, lo[s] vivos se embeodavan y baylavan y lloravan, acordándose de aquel muerto y de los otros sus difuntos.⁵²

Pareciera pues, que había un culto a las efigies, por lo menos durante cuatro años. La mención de la memoria de los otros

⁴⁹ Motolinía, *Memoriales*, p. 419.

⁵⁰ *Idem*.

⁵¹ López de Gómara, “Enterramiento de los reyes”, p. 440.

⁵² Motolinía, *Memoriales*, p. 420 [el énfasis es mío].

difuntos (¿con presencia de efigies?) apuntaría a un culto decreciente, pero aún presente.

No entraremos en los detalles que aporta Motolinía sobre los distintos ornamentos de dioses, utilizados como aderezo para estas efigies, según la condición del muerto: ya fuera un niño, un enfermo, un comerciante, un señor, una mujer noble, un guerrero muerto en combate cuyo cuerpo ardió en el campo de batalla, un adúltero o un ahogado.⁵³

Pomar menciona un culto a estas efigies con ofrendas cotidianas de comida, flores y tabaco: “Poníanle delante, cada día, un servicio de comida real. Y, habiéndole tenido un rato, lo sacaban los q[ue] para ello tenían cuidado y volvíanlo a la [mesa], para que se gastase y comiese con lo demás q[ue] allí se guisaba. Poníanle sus ramilletes y uno de aq[ue]llos cañutos q[ue] hemos dicho, en q[ue] recibían aquel humo de bueno olor”.⁵⁴

No sabemos si Pomar hablaba aún de la duración de los funerales, o de una costumbre cotidiana. En ese caso, habría un eventual equivalente azteca de las panacas incáicas, no con la momia del soberano difunto, sino con sus cenizas y su efigie preservadas en el palacio, y con un servicio doméstico, posiblemente conformado por su parentela, aunque nada se diga al respecto. Podemos llegar a preguntarnos si lo que acostumbramos llamar fardo funerario (en las indicaciones sobre la muerte de los soberanos o en las láminas proto-etnográficas) no será más bien la representación de esa imagen artificial confeccionada tras la cremación del rey muerto.⁵⁵

⁵³ *Ibidem*, p. 420-421. Precisa Tlaçolteutl para los adúlteros, el dios del agua para los ahogados, pero se niega a mencionar a los dioses a fin de erradicar su memoria.

⁵⁴ Pomar “Relación de Texcoco”, p. 83. La única escena que asocia tales ramos de flores con los muertos es la de los funerales de Tezozómoc, en el *Códice Xolotl*.

⁵⁵ Sin embargo, su representación en el asesinato de Ixtlilxóchitl en 1418 a manos de indios de Chalco y de Otompan afines a los tepanecas, inclina la balanza hacia un bulto mortuorio (cadáver antes de la cremación). Las dos escenas del *Códice Xolotl* asocian esta representación a una cremación, confirmándolo como fardo funerario. Resulta más ambiguo en el *Códice en Cruz*, donde estas escenas son dibujadas sin cremación.

Torquemada parece confirmar la presencia de esta efigie, ya que ésta fue mostrada a la familia cercana de Nezahualpilli para convencerla de su muerte, ocultada durante varios días: “Y que quedaron muy pocas cenizas de él, las cuales echaron en una cajita de oro y la pusieron en el lugar de su sepulcro”.⁵⁶ No se trata de una particularidad acolhua, ni azteca, puesto que Motolinía y Gómara mencionan la misma tradición con respecto a los soberanos purépechas o tarascos: “Al amanecer, cuando ya estaba muerto el fuego, cogían en una rica manta la ceniza, huesos, piedras y oro derretido, e iban con ello a la puerta del templo; salían los sacerdotes, bendecían las endemoniadas reliquias, las envolvían en aquella y en otras mantas, *hacían una muñeca, la vestían muy bien como hombre*, le ponían máscara, plumaje, zarcillos, saltales, sortijas, bezotes y cascabeles de oro; arco, flechas, y una rodela de oro y pluma a las espaldas, que parecía un ídolo muy compuesto”.⁵⁷ La diferencia fundamental es que esta efigie, fue enterrada en una fosa al pie de la escalinata del templo principal purépecha, mientras que la mención de Pomar apunta hacia un culto a dichas efigies.

*Ubicación de los falsos cuerpos o efigies de los reyes:
¿palacios-tumba?*

De acuerdo con Pomar y otros cronistas, el paradero de la efigie real, o falso cuerpo, del soberano estaría en el palacio o “casa real”. Torquemada lo dice, en su versión sobre la muerte o desaparición de Nezahualpilli, al hablar del anuncio de su muerte, dado a sus allegados, inquietos de no verle más: “vinieron a palacio [Tecpilpan] y haciendo instancia en saber del rey, respondieron algunos señores viejos que con él se habían quedado, que era muerto y *mostraron una figura que representaba un cuerpo, el cual tenían puesto en su trono real*; y aunque turbó a los presentes el caso, dijeron los

⁵⁶ Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. II, cap. 80, p. 297.

⁵⁷ Francisco López de Gómara, “De cómo quemar para enterrar los reyes de Michuacán”, en *Historia de la conquista de México*, Madrid, 1986 (Historia 16), p. 442 [el énfasis es mío].

viejos que de lo hecho no tenían culpa porque su señor el rey les había mandado callar y encubrir su muerte”.⁵⁸

En lo que respecta a la muerte de Nezahualpilli, Torquemada a menudo sigue tradiciones históricas acolhuas que él traduce del náhuatl. En este pasaje, la prueba de la muerte del soberano es, pues, su efigie, instalada en la sala del trono de su palacio real. Cabe preguntarse si la segunda lámina del *Mapa Quinatzin*, en la que se representa a Nezahualpilli ante su padre Nezahualcóyotl en la sala del trono, lejos de inventar una ficción, no estaría retomando una tradición histórica. La ficción consistiría en representar al padre y al hijo como adultos, frente a frente, cosa que jamás hubiera podido tener lugar. Nezahualcóyotl murió en 1472, dejando el poder a su hijo menor de alrededor de siete u ocho años,⁵⁹ con una regencia ejercida por sus hermanos mayores. La mayoría de los comentaristas del *Mapa Quinatzin* han considerado esta escena como la sala del trono del palacio real de Texcoco, con la indicación de la duración de los respectivos reinados de Nezahualcóyotl (42 años, a la derecha), y Nezahualpilli (44 años, a la izquierda). Pero esta escena también podría representar las efigies de los dos soberanos frente a frente en una especie de sala postmortuoria. El ojo debería de estar cerrado para indicar que están muertos, en lugar de estar ostensiblemente abierto. Bien que especulativa, esta interpretación es una posibilidad que no habría que descartarse con demasiada ligereza, pese a las dos volutas de palabra de sendos soberanos.⁶⁰ No obstante, presenta otro impedimento, además del detalle del ojo abierto: supondría que las efigies de los soberanos acolhuas del imperio azteca fueran conservadas en un mismo y único lugar, en lugar de preservar a cada una en el que fuera su antiguo palacio.

⁵⁸ Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. II, cap. 80, p. 297 [el énfasis es mío].

⁵⁹ Una anécdota señala cómo Nezahualcóyotl, al final de su vida, habría escondido a Nezahualpilli bajo su capa real para que pudiese presenciar las entrevistas de su padre con diversos diplomáticos y altos funcionarios y aprendiera así su oficio de soberano; aquello no sería posible más que con un niño pequeño, ya no con un adolescente. Véase Alva Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 135.

⁶⁰ Siendo imposible esta escena por la edad que tenía Nezahualpilli a la muerte de su padre, parece más bien una convención gráfica similar a la de Tizoc frente a Ahuizotl en la Piedra de consagración.

Podríamos discutir largamente esta hipótesis de los palacios de gobernantes fungiendo como tumbas. A falta de una prueba infalible que hubiera escapado a la destrucción de la conquista, disponemos de un conjunto de elementos recurrentes. Entre estos, la sucesión al trono de Azcapotzalco, después de la muerte de Tezozómoc en 13 Acatl. Quizás no es un azar que las rivalidades entre dos de sus hijos, giraran en torno a la construcción de un nuevo palacio, justo después de los funerales de Tezozómoc. En cualquier versión que se proponga, se indica que Maxtla, o bien Tayahtzin, hacen construir un palacio real en un tiempo más o menos corto (en apenas diez días) y que Tayahtzin fue muerto en la inauguración de dicho palacio.⁶¹ Esto podría coincidir con la extorsión practicada contra Texcoco en diciembre de 1519, cuando Cortés envió a sus hombres a saquear el oro del palacio real.⁶² Es posible que hayan destruido entonces un altar concebido para Nezahualcóyotl o para Nezahualpilli.

La concepción de palacios preservados como tumbas parece confirmada por el detalle de la conquista española, cuando Motecuzuma aloja a la tropa de Cortés en el palacio de Axayácatl:

Nos llevaron a aposentar a unas grandes casas, donde había aposentos para todos nosotros, que habían sido de su padre del gran Montezuma, que se decía Axayaca, adonde en aquella sazón tenía el gran Montezuma sus grandes adoratorios de ídolos, e tenía una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, *que era como tesoro de lo que había heredado de su padre Axayaca, que no tocaba en ello*; y asimismo nos llevaron a aposentar a aquella casa por causa que como nos llamaban teules, e por tales nos tenían, que estuviésemos entre sus ídolos, como teules que allí tenía.⁶³

⁶¹ Véanse *Códice Xolotl...*, lám. 8; Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. II, cap. 26, p. 171; Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", p. 56. Para más detalles sobre esta muerte véase Lesbre, "Sucesión en Azcapotzalco", *Arqueología mexicana*, n. 112, noviembre de 2011, p. 36-41.

⁶² Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, Madrid, Atlas, Biblioteca de Autores Españoles, t. 244, 1971, v. 1, lib. IV, cap. 40, p. 372.

⁶³ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, 1984 (Historia 16), v. 1, p. 315 [el énfasis es mío].

La indicación final indicaría la sacralidad de este palacio, donde Moctezuma alojó a las tropas españolas. Este aspecto es confirmado por fray Diego Durán, quien sostiene que la fuente náhuatl que él traduce, deja ver que tales tesoros eran intocables o tabús, vedados para los soberanos sucesores, lo que revelaría una práctica ritual semejante a la de los palacios o panacas incáicos:

El cual montón, si queremos saber lo que era, según esta historia, no era cosa adquirida por Motecuhzoma, ni cosa de que él se pudiese aprovechar, porque era el tesoro que todos los reyes sus antepasados iban dejando; *de lo cual, el rey que entraba, no se podía aprovechar*, y así en muriendo el rey, ese mismo día que moría, todo el tesoro que dejaba de oro, piedras, plumas y armas; finalmente, toda su recámara, se metía en aquella pieza y se guardaba con mucho cuidado, *como cosa sagrada y de dioses*, procurando el rey que entraba a reinar adquirir para sí y que no se dijese de él que se ayuda de lo que otro había adquirido, y así, se estaba allí aquello como tesoro de la ciudad y grandeza de ella.⁶⁴

Esta versión nos interesa, pues explica cómo podrían haberse preservado los objetos y vestimentas, militares, así como civiles, que pertenecieron directamente a Nezahualcóyotl y a Nezahualpilli. El último eco de esta costumbre sería la conservación de las prendas reales “con muy grande respeto religioso”, atestiguada por Francisco Hernández en Texcoco hacia 1574.

La descripción que hace Durán de aquella habitación, basada tanto en el testimonio oral de un conquistador convertido en religioso, como en el texto redactado en náhuatl de la *Crónica X*, revelan un lugar, donde más que un tesoro metálico, se conservaban los objetos de la vida cotidiana y las armas del difunto:

Juntamente había en esta pieza una gran cantidad de rimeros de mantas riquísimas y de aderezos de mujeres; había colgadas por las paredes mucho número de rodela y armas y divisas de ricas hechuras y colores; había muchos rimeros de vasijas de oro, de platos

⁶⁴ Durán, *Historia de las Indias de Nueva España...*, v. 2, p. 543 [el énfasis es mío].

y escudillas hechos a su modo, en que los reyes comían, especialmente cuatro platos grandes, hechos a manera de fuentes, todos, muy labrados y ricos, tan grandes como grandes rodela, y estaban tan llenos de polvo que daban a entender haber muchos días que no servían.

Habían muchas jícaras de oro, que servían de beber cacao, hechas y labradas a la misma manera que las de calabaza, con sus pies una y otras sin ellos; había en los rincones del aposento muchas piedras por labrar, de todo género de piedras preciosas. En fin, había en este aposento la mayor riqueza que jamás se había visto.⁶⁵

Bien que un tanto idealizada (por la mención de las piedras preciosas), esta descripción nos parece interesante por los detalles del polvo acumulado sobre los objetos; las rodela colgadas en los muros y las jícaras para beber cacao ¿La vajilla empleada por el soberano era conservada para acompañarle en el más allá? O bien, una vez muerto ¿se habría fabricado una vajilla especial para ese fin? Las respuestas a estas preguntas permitirían comprender mejor si entre los mexicas hubo o no una realeza sagrada semejante a la incaica o chimu.

Esto podría ponerse en paralelo con la mención, en la “Relación de la genealogía...”, de Quetzalcóatl buscando los huesos de su padre Totepeuh, poco después de su asesinato por Atepanecatli: los enterró, les hizo un templo “como a Dios”, lugar al que tenía en “mucha veneración”:⁶⁶ “En este 9 *acatl* indagó Quetzalcóhuatl de su padre. Ya tenía entonces algún uso de razón, pues ya andaba en los nueve años. Dijo: ¡si viera yo como es mi padre y como su rostro! Dijéronle: ‘Mira, señor, murió y por allá le enterraron.’ Sin dilación fue Quetzalcóhuatl a cavar la tierra y buscó los huesos (de su padre); y después que sacó los huesos, fue a enterrarlos dentro de la casa real nombrada Quillaztli”.⁶⁷ En este caso, pareciera que un culto a los ancestros o culto dinástico pudo haber tenido

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ “Relación de la genealogía y linaje de los Señores que han señoreado esta tierra de la Nueva España”, en Joaquín García Icazbalceta, *Nueva colección de documentos para la historia de México*, México, Andrade y Morales, 1891, v. 3, p. 265.

⁶⁷ “Anales de Cuauhtitlán”, *Códice Chimalpopoca*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, p. 7.

lugar en torno al palacio real en las ciudades aztecas posclásicas (Texcoco, Tenochtitlan), perpetuando de alguna manera un modelo atribuido a Ce Acatl Topiltzin Quetzalcoatl,⁶⁸ con posibles ritos de segundos funerales (reapertura de la tumba para disponer los huesos del difunto)⁶⁹ Eso no convierte a esos palacios-tumbas en una tradición chichimeca acolhua, sino en una herencia anterior a la fundación del imperio azteca por la sucesión de Tezozómoc en Azcapotzalco.

¿Efigies conservadas en los templos?

Otra versión de la época de la conquista nos indica que los gobernantes (sus cenizas, para ser más exactos) eran enterrados en lo alto del Templo Mayor:

Y en medio deste patio había un cu, que también se llamaba ochilobo o casa de oración, muy alto, *que habían fecho los señores todos que hasta estonces habia habido*, e tenía sesenta gradas para subir arriba; e lo que habian fecho los señores pasados, en aquel altor que les tomó la muerte, *se hacían enterrar en la más alta grada*, e después el *subcesor subía otras dos gradas*, e así se acabó. E después que los cristianos lo deshicieron para reformar e ordenar mejor la cibdad, se hallaban aquellas sepolturas en manera de bóvedas, y en ellas mucho oro e plata e piedras de valor, que metían allí con aquellos señores, cuando morían.⁷⁰

⁶⁸ Patrick Johansson K., “La mort de Quetzalcoatl: un modèle exemplaire pour les obsèques des seigneurs mexicains”, *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien Caravelle*, Toulouse, n. 78, 2002, p. 5-36.

⁶⁹ El *Códice Nuttall* contiene un par de escenas parecidas (p. 88 y 90) donde dos sacerdotes se encuentran a ambos lados de un conjunto de huesos reunidos en un envoltorio de hojas y coronados por un cráneo semidescarnado. Uno de estos sacerdotes sostiene una antorcha para encender fuego al conjunto, lo que es confirmado por las volutas de humo que se desprenden de lo alto. *Códice Nuttall...*, p. 88.

⁷⁰ Gonzálo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, Madrid, Atlas, Biblioteca Autores Españoles, t. 120, lib. XXXIII, cap. 46, 1959, p. 221 [el énfasis es mío].

Alva Ixtlilxóchitl refiere esta práctica en su “Historia Chichimeca” y la presenta como mexicana: “quemado el cuerpo de Tezozómoc y colocadas sus cenizas en el templo mayor de la ciudad de Azcapotzalco, según el modo de los mexicanos”.⁷¹ Esta misma práctica se reporta también con Nezahualpilli: “y sus cenizas fueron guardadas en una arca de oro y llevada a su sepulcro, que estaba en el templo mayor que había en la ciudad de Tetzcuco, que era el del ídolo Huitzilopochtli”.⁷² Alva Ixtlilxóchitl hace remontar tal tradición a la época tolteca, cuando menos: “Enterrábanse amortajados y con sus insignias reales en los templos de sus falsos dioses”.⁷³

Cabe preguntarse si los soberanos de Texcoco no habrían conservado una modalidad de sepultura del tipo maya clásico, con entierro del cuerpo del gobernante difunto (sin cremación), y con visitas regulares a la tumba conservada en el interior de una pirámide. La etimología del término *tzacualli*, empleado en el siglo XVI para designar a las pirámides, podría acreditar esta versión, tan alejada de la simple cremación. *Tzacualli*: “Lo que tapa, oculta o encierra algo, derivado de tzacua ‘atapar o cerrar algo’”;⁷⁴ pan, en: “En el encierro o tapadero”:⁷⁵ “Los nahoas construían montículos en forma de conos, de pirámides, de tres polígonos, etc., y los dejaban huecos para encerrar joyas, ídolos, objetos del culto, y a veces cadáveres. A estos montículos huecos llamaban *tzacualli*”.⁷⁶

Sahagún, a propósito de la creación del Quinto Sol, dice: “A cada uno déstos se les edificó una torre como monte. En los mismos montes hicieron penitencia cuatro noches. Agora se llaman estos montes *Tzacualli*. Están ambos cabe el pueblo de Sanct Juan, que se llama *Teutihuacan*”.⁷⁷

⁷¹ Alva Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, v. 2, p. 55.

⁷² *Ibidem*, p. 188.

⁷³ Alva Ixtlilxóchitl, “Sumaria relación...”, v. 1, p. 274.

⁷⁴ Fray Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, México, Editorial Porrúa, 2013.

⁷⁵ Cecilio A. Robelo, “Diccionario de mitología nahoa”, *Anales del Museo Nacional*, Segunda época, t. V, México, Imprenta del Museo Nacional, 1908, p. 396.

⁷⁶ Robelo, “Diccionario...”, p. 399.

⁷⁷ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3.ª ed., 3 v., estudio introductorio, paleografía, glosario y notas de Alfredo López

La glosa del *Códice Tudela* para la fiesta de Micaihuitzintli “día de finados”, menciona una modalidad de sacrificio humano con un esclavo que personificaba a Mictlantecuhtli: “esta fiesta buscaban un viejo y vestíanle / muy bien vestido y poni[an]le muchas joyas y plumajes y piedras preciosas y poníanle el nombre de un demonio / el qual se llamava / Mictlantecle / señor del (sic) los muertos / a quien sinificava este viejo/ y llevabanlo al templo y poníanlo en una cueva questava en el templo para el efecto y poníanle dentro con mucha comida y cerrabale a piedra lodo la puerta el qual allí moria acabada la comida”.⁷⁸

Estos detalles curiosos parecen hacer eco a las menciones de las crónicas acolhuas, salvo que en este caso, la cueva está en el interior del templo o pirámide, lo que confirmaría una tradición cercana a la que existía en el período clásico maya, con reaperturas regulares de las tumbas de los fundadores de la dinastía. El templo-tumba podría justificarse también por la creencia en la divinización de los señores muertos que refiere Sahagún: “Y creían los antiguos, engañándose, que los señores, cuando se morían, se volvían en dioses, lo cual decían porque fuesen obedecidos, o temidos los señores que regían, y que unos se volvían en Sol, y otros en Luna, y otros en otros planetas”.⁷⁹

Hemos señalado cómo Ce Acatl Topiltzin Quetzalcoatl buscó los huesos de su padre Totepeuh poco después de que fuera asesinado por Atepanecatli, los enterró, les hizo un templo “como a Dios”, lugar al que tenía en “mucha veneración”.⁸⁰ Dicho templo es presentado como un palacio o casa real por los “Anales de Cuauhtitlán”,⁸¹ pero la “Relación de la genealogía...” lo refiere más bien como una pirámide, puesto que Ce Acatl Topiltzin pudo matar

Austin y Josefina García Quintana, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000 (Cien de México), v. 2, lib. VII, cap. 2, p. 695.

⁷⁸ *Códice Tudela...*, f. 19r [el énfasis es mío].

⁷⁹ Sahagún, *Historia general...*, v. 3, lib. X, cap. 29, § 14, p. 974-975.

⁸⁰ “Relación de la genealogía...”, p. 265. Desde la cima de este templo (por lo tanto, pirámide) Ce Acatl habría escapado al intento de asesinato tramado por Atempanecatli quien deseaba matarlo en ese preciso lugar.

⁸¹ “Anales de Cuauhtitlán”, en *Códice Chimalpopoca: Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*, 3.^a ed., traducción de Primo Feliciano Velázquez, prefacio de Miguel León Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto

al asesino de su padre en la cúspide de dicho lugar, cuando se dirigía hacia él para eliminarlo a su vez: “airado contra él, llegóse a él y le dio un empujón y echole del templo abajo por las escaleras”.⁸² La versión en “Origen de los mexicanos” propone igualmente un templo, asimilado a las pirámides aztecas aún no derribadas por los españoles: “Muerto Totepev dejó un hijo llamado Topilce, el cual por honrar a su padre toma sus huesos, que no debiera, y entiérralos con mucha veneración e hízole casa o templo como a Dios, a la manera de los templos que agora se usan donde aún no hay españoles que se los derruequen, e le tenía en mucha veneración como otro Niño hijo de Bel, e así los fue engañando el demonio”.⁸³

La asimilación a una pirámide es aún más clara gracias a los detalles sobre la tentativa de asesinato por Atepanecatli y su muerte, ya que se dice que sube los escalones y muere rodando cuesta abajo, lo que supone una escalera suficientemente alta para que la caída fuera mortal: “Sabido esto por su cuñado Apanecatli iba muy indinado contra el dicho Topilce para lo matar, y hallólo en el dicho templo que había hecho a su padre, y sube con furia las gradas arriba, e como lo vido de tal arte el Topilce, llégase a el é dale un empujón e échale el templo abajo por las gradas, de que murió”.⁸⁴

En este caso, pareciera que un culto a los ancestros o culto dinástico pudo haber tenido lugar alrededor, no del palacio real, sino del templo principal, en las ciudades aztecas postclásicas (Texcoco), perpetuando de alguna manera un modelo atribuido a Ce Acatli Topiltzin Quetzalcoatl. La incertidumbre entre palacio y pirámide refleja quizás la coexistencia de dos escuelas o dos tradiciones, que los autores coloniales de los *Anales de Cuauhtitlán* o de la “Relación de la genealogía...” reflejan a su vez. Podría ser un rito

de Investigaciones Históricas, 1992 (Primera Serie Prehispánica 1), p. 7: “y después que sacó los huesos, fue a enterrarlos dentro de la casa real nombrada Quillaztli.”

⁸² “Relación de la genealogía...”, p. 265.

⁸³ “Origen de los mexicanos”, en *Nueva colección de documentos para la historia de México*, edición de Joaquín García Icazbalceta, v. 3, p. 287.

⁸⁴ *Idem*. Esta escena remite en cierta forma a la muerte arquetípica que representa Moquihuix en 1473, en el *Códice Mendoza*, conquistas de Axayácatli. Véase *Codex Mendoza*, 4 v., Frances F. Berdan y Patricia Rieff Anawalt (eds.), University of California Press, Berkeley/Los Ángeles/Oxford, 1992, v. 3, f. 10r.



antiguo anterior a la incineración, introducida por Quetzalcóatl al final de su vida.

VERSIÓN CONTRADICTORIA DE POMAR

La cita de Pomar sobre los funerales de los soberanos texcocanos resulta contradictoria: o eran efectivamente cremados con todo lo que habían utilizado en vida, “con todos los hábitos reales que habían servido a su persona, con toda la pedrería rica y piedras preciosas de que, siendo vivo, se componía”; en cuyo caso nada habría sobrevivido a sus funerales, y sería imposible pensar en la subsistencia del tambor de guerra de Nezahualcóyotl, de su yelmo con “cuernos” y de otros adornos militares y civiles, a menos que se contemple que pudieron haberse fabricado réplicas posteriores, de la misma manera en que se hacía la efigie del soberano difunto. O, bien, la efigie de los soberanos texcocanos estaba ataviada con adornos reales, “cubrían de hábitos reales”, confeccionados después de la cremación —de forma que no podría tratarse de objetos que hubieran pertenecido al soberano difunto—, o reservados para la ceremonia posterior a la cremación —de forma que algunos objetos y adornos habrían escapado a la cremación general presentada el principio.

Si bien la sustracción de adornos reales para aderezar la efigie del soberano colocada sobre la caja que contenía sus cenizas es posible, y permitiría explicar la conservación de prendas de guerra y de danza de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli, su consideración plantea un problema en la lógica de la ofrenda religiosa. Normalmente se tiende a explicar que el soberano difunto iba acompañado de todo lo que le sería necesario en el más allá, especialmente para la continuación de sus actividades humanas.⁸⁵

En ese caso, privar a Nezahualcóyotl de su armadura (*ichcahuipil*), yelmo y tambor de guerra, resulta incomprensible, a menos que se considere que no tendría más batallas que pelear en el más allá. Sin embargo, la visión de los más allá prehispánicos, es más bien guerrera

⁸⁵ Motolinía, *Memoriales*, p. 421.

para quienes acompañan el camino del sol (naciente o poniente). Que Nezahualcóyotl no estuviera acompañado en el más allá de su tambor de guerra habitual y característico, sólo podría explicarse a partir de la creencia de que ya no tendría más necesidad de él, y no emprendería más batallas, por estar en un más allá pacífico, del tipo del Tlalocan, por ejemplo.

¿MANTENIMIENTO O PROLONGACIÓN DE LOS ENTIERROS “CHICHIMECAS”? (HIPÓTESIS EXTREMISTA)

El entierro existía antes de la incineración azteca, e incluso sobrevivió para algunas modalidades de muerte durante este período. Esto parece indicarse en el *Códice Fejérváry-Mayer*, donde vemos dos escenas de un fardo mortuorio tragado por la tierra, sin cremación aparente.⁸⁶ Pero asociar la muerte de un soberano con un entierro es una cosa poco frecuente, en los siglos XIV o XV.

La lámina 1 del *Mapa Quinatzin* representa una de las muy escasas escenas de entierro en relación con el reinado del soberano texcocano Quinatzin, o bien de su predecesor Tlotzin Pochotl, pertenecientes al siglo XIV,⁸⁷ contradiciendo así las afirmaciones que pretenden asociar a los chichimecas acolhuas con la cremación.⁸⁸

Una de las investigaciones más antiguas, la de fray Toribio de Benavente Motolinía, de alrededor de 1541, presenta una curiosa ambigüedad en lo tocante a la cremación de los soberanos, ya

⁸⁶ *Codex Fejérváry-Mayer*, ed. facs., comentarios de Cottie Arthur Burland, Graz, Akademische Druck- u. Verlagsanstalt 1971, p. 17 y 40. Sin embargo tal ejemplo es algo arriesgado por la temática religiosa-adivinatoria de este códice que no se presta necesariamente a una lectura literal ni se puede tratar como fiel reflejo de prácticas funerales.

⁸⁷ Joseph Marius Alexis Aubin, *Memorias sobre la pintura didáctica y la escritura figurativa de los antiguos mexicanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, p. 88-89.

⁸⁸ Torquemada, *Monarquía indiana*, p. 87: “Todas las naciones de el mundo han tenido modos particulares de enterrar los cuerpos de sus difuntos (como en otro lugar se dice), pero el que estos chichimecas usaron fue quemarlos”.

que el autor habla más bien de entierro o de embalsamamiento, a continuación, algunas frases para ejemplificarlo:

En este capítulo diré la costumbre y ceremonias con que enterrean los otros señores de la Nueva España.

E primero que embalsamasen al difunto, [...]

Adornavanle e vestíanle de las ynsignias del demonio que thenía por principal en su pueblo en cuya cassa o templo o patio se avía de enterrar.⁸⁹

Esta manera de sepultar a los difuntos hera la más común, más general entre los nauales, [*sic*, por “nahuas”] aunque no todos lo guardavan.⁹⁰

Todo esto para hablar enseguida de una cremación en el patio del templo principal: “quemávanlo”, “En aquel tiempo que estavan quemando el cuerpo del difunto en el patio, [...] davan con ellos en el fuego donde el señor ardía”, “Quemavan ansímismo los esclavos, pero no con el señor, sino a otra parte”.⁹¹

Tales incertidumbres o ambigüedades en el vocabulario, derivan seguramente de la falta de costumbre de los religiosos católicos para hablar de incineración, costumbre prohibida en el catolicismo, de ahí que haya cierta vaguedad en el vocabulario, a pesar de que el Motolinía tuvo la suerte de poder contrastar diferentes costumbres: comienza por dedicar dos capítulos de su libro a los funerales, primero del Calzoncin de Michoacán; después de los de otros señores indígenas novohispanos. En el último capítulo, señala las divergencias en las explicaciones de sus informantes indígenas en cuanto a las ofrendas de comida: “Algunos yndios contradizen esto, diziendo que la dicha comida y esclavos no la llevaban porque creyesen que allá la comida oviesen de thener, sino porque aquella hera su costumbre de enterrar los señores”.⁹² Estamos, pues, a la vez, ante la ambigüedad de la descripción redactada por un cronista católico fuertemente impregnado de la costumbre cristiana del entierro, y

⁸⁹ Motolinía, *Memoriales*, p. 417-418.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 421.

⁹¹ *Ibidem*, p. 418-419.

⁹² *Ibidem*, p. 419.

ante la riqueza histórica de las costumbres indígenas, dado que se refiere a una ofrenda de comida que tenía lugar, mientras que al momento de la conquista española, la creencia era más bien que no se hacían festines en el más allá. A esto se añade una última incertidumbre, ya que Motolinía hace mención de entierros para los solteros en algunas regiones, que desgraciadamente no nombra: “En algunas partes, los que no heran casados aunque les ataviavan, sus cuerpos sin quemarlos los enterravan”.⁹³

Nuestra visión de tales costumbres funerarias resulta, entonces, sumamente simplificada. Motolinía es uno de los pocos escritores que distinguen entre los diferentes indígenas (los tarascos y los nahuas) y que señalan posibles disensiones entre informantes nahuas (tlaxcaltecas, texcocanos o mexicas), pero renuncia a ir más allá, y concluye su capítulo relativo a las costumbres funerarias con el señalamiento de la existencia de una diversidad en la cual no puede profundizar, seguramente por falta de tiempo: “Otras nasçiones de diversas lenguas de las quales ay muchas en la Nueva España guardavan otras diversasa cerimonias y rritos en sus sepulturas”.⁹⁴

Esta ambigüedad se refleja igualmente en el *Códice Tudela*, que incluye un folio dedicado a una “sepultura de señor” (f. 58r): “desta manera enterraban a los señores o señores [sic] q[ue] morían con plumas e mantas envueltos y enterraban con ellos dos o tres o quatro yndios e yndias o mas como era el Sr / y enterravan estos yndios vivos para q[ue] le hiziesen de comer alla donde iva q[ue] no sabian donde avia de yr ni que avia de ser del y enterravan estos yndios vivos con el”.⁹⁵ Podríamos comentar las equívocos alfabéticos, la repetición cuatro veces del verbo “enterraban”, pero ¿cómo justificar el dibujo de una fosa excavada, con dos *huictli* o coas colocadas a un lado, y al fondo un cráneo semidescarnado, cuya lengua recuerda la de Tlaltecuhltli, divinidad devoradora representada frecuentemente bajo el zoclo de las estatuas? ¿El dibujante indígena se atuvo a los límites de la investigación colonial o dibujó libremente? Esta escena se encuentra igualmente en el *Códice*

⁹³ *Ibidem*, p. 421

⁹⁴ *Idem*.

⁹⁵ *Códice Tudela...*, f. 58r.

magliabecchiano (f. 67r), lo que supone la existencia de un prototipo, la investigación perdida de fray Andrés de Olmos.⁹⁶

Fray Juan de Torquemada describe una práctica curiosa de momificación temporal, con duración de 80 días, del cuerpo de Quinatzin Tlaltecaczin, primer emperador texcocano, que no tiene correspondencia con ninguna escena conocida en los manuscritos pictográficos.

Para haberle de enterrar le abrieron por medio y le sacaron los intestinos y tripas y, *adobado a su usanza, lo volvieron a coser y le vistieron de vestiduras reales* y lo sentaron en una silla real en medio de una grande sala, coronado con corona imperial y debajo de sus pies le pusieron una águila real, rica y preciosamente labrada, y a sus espaldas un tigre ferocísimo. En todo lo cual quisieron hacer demostración de ser hombre feroz y animoso y muy presto en sus determinaciones, y en sus manos le pusieron un arco y flechas, mostrando en esto haber sido invencible capitán, y estaba de tal manera muerto que parecía hombre vivo. Todo esto que hicieron con este emperador fue *cosa nueva y no usada con los otros sus antecesores*, aunque lo común que hicieron con los pasados fue llorarle cuarenta días y a los ochenta quemaron su cuerpo y enterraron sus cenizas.⁹⁷

A fin de cuentas, se trataría de una cremación donde la momificación habría servido para preservar el cuerpo por un tiempo limitado (80 días) antes de quemarlo. Ello implicaría la coexistencia ambigua de la momificación y de la cremación, como una fase de transición entre los funerales antiguos y los nuevos.

Torquemada es el único en mencionar una cueva dinástica en las proximidades de Texcoco, convertida en “necrópolis” de los soberanos texcocanos: “y enterraron sus cenizas, con grande solemnidad, *en una cueva que está junto de la ciudad de Tetzcuco*; y este

⁹⁶ Remitimos a las investigaciones de Juan José Batalla sobre este grupo de manuscritos. Juan José Batalla, *El Códice Tudela y el Grupo Magliabecchiano, la tradición medieval europea de copia de códices en América*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deportes, Agencia Española de Cooperación Internacional, Testimonio Compañía Editorial, 2002 (Colección Thesaurus Americae).

⁹⁷ Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. II, cap. 6, p. 125) [el énfasis es mío].

emperador fue el primero que hizo sepulcro de reyes en este lugar, en el cual se enterraron después otros”.⁹⁸

La doble existencia de una momificación temporal, y de una cueva en la que sería depositada la efigie del soberano difunto, remite a la cueva dinástica mencionada por fray Francisco de Burgoa en el siglo XVII, en Chalcatongo, zona mixteca, que fue destruida por fray Benito Hernández.⁹⁹ Los tlailotlaques podrían haber fungido como hilos conductores entre las zonas mixteca y acolhua.

Cabe pensar que esta costumbre subsistió hasta la ocupación tepaneca de 1418, el cuerpo de Techotlalatzin todavía fue parte de esta costumbre. Con el asesinato de Ixtlilxóchitl y sus funerales improvisados, es sumamente dudoso que su cuerpo hubiera sido depositado en semejante santuario como momia o bajo la apariencia de una efigie posterior a la cremación, esto tomando en cuenta que el *Códice Xolotl* representa su cremación. Lo más dudoso sería que tal santuario hubiera sido respetado y dejado intacto por los ocupantes tepanecas. No se encuentra ninguna mención ulterior al respecto.

¿Se trataba entonces de una verdadera necrópolis real acolhua? Torquemada parece habituado al hecho, y menciona también una cueva en los funerales de Xolotl en Tenayuca:

Pasados los cuarenta días llevaron la caja con las dichas cenizas a una cueva que no muy lejos de la dicha ciudad está y allí la pusieron con grandísimo acompañamiento y ceremonias que para semejantes actos se inventan, cuyo dejo y despedida fue con muchas lágrimas

⁹⁸ *Idem.*

⁹⁹ Fray Francisco de Burgoa, *Geográfica Descripción de la Parte Septentrional del Polo ártico de la América y, Nueva Iglesia de las Indias Occidentales*, 1672, digitalizado por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, p. 228: “descubrió una dilatadísima cuadra, con la luz de unas troneras, que le habían abierto por encima, y por los lados, puestos poyos como urnas de piedras, y sobre ellas inmensidad de cuerpos, por orden en hileras, amortajados con ricas vestiduras de su traje, y variedad de joyas de piedras de estima, sartales, y medallas de oro, y llegando más cerca, conoció algunos cuerpo de cacique, que de próximo habían fallecido, y a quienes había comunicado, en pueblos muy distantes de aquel puesto, y tenía por buenos cristianos”.



y demostraciones de tristeza; y con dejarle en la cueva destituido de la compañía de los hombres y muy acompañado de los demonios (a quien en vida había servido), se volvieron a palacio acompañando al rey y príncipe Nopaltzin para haberle de jurar y reconocer por monarca.¹⁰⁰

Podría pensarse en un motivo literario propio de los cronistas coloniales, pero no se trata del mismo tipo de entierro, aquí Torquemada menciona abiertamente la cremación de Xolotl, y no una “momificación” temporal o previa, como en el caso de Quinatzin:

Luego que Xolotl murió le sentaron en su silla y real trono, donde le tuvieron cinco días hasta tanto que todos los señores más principales del imperio pudiesen llegar, para hallarse presentes al entierro y honras que se le habían de hacer (como acostumbraban); los cuales pasados y habiendo venido la gente dicha, vistiéronlo de sus vestiduras reales y adornaron su cuello de muchas joyas de oro y piedras de valor y estima y sentáronlo en otra silla que tenían hecha de incienso y otros olores y perfumes y plumas de colores varios y ricas; y haciendo una hoguera de mucha leña echaron en ella el cuerpo, el cual, quemado y convertido en ceniza la recogieron toda, y metida en una caja pequeña y bien labrada de piedra dura, tuvieron aquellas cenizas que decían y manifestaban ser del grande emperador Xolotl, otros cuarenta días, en una de aquellas principales salas de su casa; en cuya presencia lloraban y lamentaban todos los señores que presentes se habían hallado, con grandes muestras de sentimiento, en especial sus hijos, que más que los otros lo habían perdido.¹⁰¹

Es difícil aventurar conclusiones ante semejante panorama. La presentación de las costumbres en los funerales de los señores, se complica un poco más al hablar de los de Tlotzin Pochotl, en donde, además de la cremación y de la efigie póstuma, se menciona un entierro al cabo de 40 días.

¹⁰⁰ Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. I, cap. 34, p. 87.

¹⁰¹ *Idem*.

y en especial se dice que después de quemado cogieron sus cenizas y las pusieron en un arca o caja, hecha de una piedra muy rica; y hay quien diga que fue de esmeralda y que tenía una vara de largo y otra de ancho, en figura y forma cuadrada, cuya cobertura y tapadera, de una plancha gruesa de oro, esmaltada de muchas piedras de valor y precio, las cuales cenizas y caja tuvieron cuarenta días puestas en un lugar y tienda; ricamente aderezada de mucha pluma rica y otras cosas de adorno; con que mostraba el sitio la grande estimación en que tenían a la persona cuyas cenizas, en el túmulo y teatro le estaban representando; *al rededor del cual estaban muy por orden, las de los reyes y señores*, que las besaban y guardaban hasta cumplidos los cuarenta días que tenían de ceremonia, en los cuales hacían sus obsequias con grandes llantos e invenciones, ayunando todo este tiempo en demostración de tristeza y sentimiento, de haber perdido tan gran señor y monarca; el cual tiempo pasado *lo enterraron muy honoríficamente aunque no dicen el lugar adónde*; pero débese creer sería tal para tal persona. También dicen que fue tanto el concurso de la gente que concurrió, que se hincheron los campos y que parecían muy grandes ejércitos y escuadrones, puestos en orden para pelear.¹⁰²

Torquemada propone entonces, además de una urna cineraria de oro y piedras preciosas, una efigie ricamente aderezada con plumas y ornamentos. La mención de las efigies de otros reyes y señores a sus costados, parece indicar que éstas eran preservadas y sacadas en ocasión de los funerales de otros miembros de la dinastía. Esto no le impide concluir con la mención de un entierro; con seguridad en el sentido de un depósito en la tumba, en una cueva, o un espacio cerrado, con lo que quedarían concordes las contradicciones entre ambas informaciones.

Gómara señala, desde 1522, el entierro de la efigie artificial colocada sobre la caja que contenía las cenizas del difunto soberano tarasco, conciliando entre sí la cremación, el culto a los muertos, y el entierro:

¹⁰² Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. I, cap. 47, p. 102-103 [el énfasis es mío]. “Hay quien diga...”, “También dicen que...” remiten a informantes indígenas locales. Por esta razón consideramos estos capítulos de Torquemada como fuentes acolhuas que en algunos casos él mismo traduce.



Abrían luego una sepultura al pie de las gradas, ancha y cuadrada, y dos estados de honda; la emparamentaban de esteras nuevas y buenas por las cuatro paredes y el suelo, armaban dentro una cama, entraba cargado de la muñeca un religioso, cuyo oficio era tomar a cuestras los dioses, y la tendían en la cama con los ojos hacia levante. Colgaban muchas rodelas de oro y plata sobre las esteras, y muchos penachos, saetas y algún arco. Arrimaban tinajas, ollas, jarros y platos. En fin, llenaban la huesa de arcas encoradas, con ropa y joyas, de comida y de armas. Salían, y cerraban el hoyo con vigas y tablas, echaban por encima un suelo de barro, y con eso esto se iban.¹⁰³

Más allá de las múltiples y divergentes versiones, que reflejan las dificultades inherentes a las fuentes etnohistóricas; sus carencias y sus contradicciones, se puede observar que en las tradiciones históricas de Texcoco, a pesar de ser muy detalladas en lo que respecta a la juventud de Nezahualcóyotl, no existe ningún episodio donde éste hubiera ido a buscar los huesos de su padre. La versión pictográfica del *Códice Xolotl* no menciona más que una cremación improvisada para Ixtlixóchitl. Si Nezahualcóyotl hubiera ido a buscar los huesos de su padre asesinado (como Topiltzin los de Totepeuh), podría haber hecho un duplicado o reflejo de Ce Acatl Topiltzin Quetzalcoatl. No encontramos nada semejante, lo que, a pesar de las controversias que suscitan las diferentes fuentes, apunta a que efectivamente se practicó la cremación de los soberanos de Texcoco; no obstante, las tradiciones sobre la ausencia de los cuerpos, al ser sus prendas conservadas por sus descendientes para rendirles un culto dinástico privado, sin que se sepa con claridad si tales galas fueron los objetos personales de los soberanos o artefactos reproducidos para acompañar las efigies colocadas sobre sus urnas cinerarias. Así, lejos de proponer un rito texcocano específico que resulta imposible precisar, queremos subrayar la complejidad de las fuentes antiguas, en ausencia de confirmaciones arqueológicas. Lejos de volverse más inteligibles, estas fuentes proporcionan para Texcoco un abanico amplio de ritos funerales difíciles de compaginar y que pueden reflejar no una tradición prehispánica, sino la incompreensión o inventiva de cronistas coloniales.

¹⁰³ López de Gómara, “De cómo queman para enterrar...”, p. 442.



BIBLIOGRAFÍA

- ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de, “Sumaria relación de las cosas de la Nueva España”, en *Obras históricas*, v. 1, edición de Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 261-288.
- , “Historia de la nación chichimeca”, en *Obras históricas*, v. 2, edición de Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 7-260.
- , *Obras Históricas*, 2 v., edición de Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1977.
- “Anales de Cuauhtitlán”, en *Códice Chimalpopoca, Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*, 3.^a ed., traducción de Primo Feliciano Velázquez, prefacio de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992 (Primera Serie Prehispánica 1), p. 3-68.
- AUBIN, Joseph Marius Alexis, *Memorias sobre la pintura didáctica y la escritura figurativa de los antiguos mexicanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- BATALLA ROSADO, Juan José, *El Códice Tudela y el Grupo Magliabechiano, la tradición medieval europea de copia de códices en América*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deportes, Agencia Española de Cooperación Internacional, Testimonio Compañía Editorial, 2002, (Colección Thesaurus Americae).
- BURGOA, Francisco de, fray, *Geográfica Descripción de la Parte Septentrional del Polo ártico de la América y, Nueva Iglesia de las Indias Occidentales* (1672), Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2015, <https://repositorio.tec.mx/handle/11285/573957>
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, Madrid, Atlas, Biblioteca de Autores Españoles, t. 244, 1971.
- Codex Fejérváry-Mayer*, ed. facs., comentarios de Cottie Arthur Burland, Graz, Akademische Druck- u. Verlagsanstalt 1971.
- Codex Mendoza*, 4 v., Frances F. Berdan y Patricia Rieff Anawalt (eds.), University of California Press, Berkeley, Los Angeles, Oxford, 1992, v. 3.
- Códice en Cruz*, estudio de Charles E. Dibble, México, Talleres Linotipográficos “Numancia”, 1942, 159 p.



Códice magliabechiano. Libro de la vida, Ferdinand Anders, Maarten Jansen, Luis Reyes García (comisión técnica investigadora), México, Fondo de Cultura Económica, Graz, Akademische Druck und Verlagsanstalt, 1996.

Códice Nuttal, reproducción facsímil, editado por el Museo Peabody de la Universidad de Harvard, introducción de Zelia Nuttal, México, Editorial La Estampa Mexicana, 1974.

Códice Tudela, ed. facs., volumen de estudio de Juan José Batalla Rosado, Ministerio de Educación, Cultura y Deportes, Agencia Española de Cooperación Internacional, Testimonio Compañía Editorial, Torrejón de Ardoz, 2002.

Códice Xolotl, edición, estudio y apéndice de Charles E. Dibble, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980 (Serie Amoxtlí 1).

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 v., Madrid, 1984 (Historia 16).

DURÁN, Diego, fray, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, 2 v., México, Porrúa, 1967.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, Atlas, Biblioteca Autores Españoles, t. 120, 1959.

HERNÁNDEZ, Francisco, *De antiquitatibus Novae Hispaniae Authore Francisco Hernando medico et historico Philippi II et indiarum omnium medico primario. Codice de la Real Academia de la Historia en Madrid*, ed. facs., México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología Historia y Etnografía, 1926.

———, *Antigüedades de la Nueva España*, Madrid, 1986 (Historia 16).

Johansson K., Patrick, *Miccacuicatl. Las exequias de los señores mexicas*, México, Primer Círculo, 2016.

———, “La mort de Quetzalcoatl: un modèle exemplaire pour les obsèques des seigneurs mexicains”, *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien Caravelle*, Toulouse, n. 78, 2002, p. 5-36.

LESBRE, Patrick, *La construcción del pasado indígena de Tezcoco. De Nezahualcōyotl a Alva Ixtlilxochitl*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2016.

———, “Illustrations acolhua de facture européenne (Codex Ixtlilxochitl, f. 105112)”, *Journal de la Société des Américanistes*, n. 842, 1998, p. 97124.



- _____, “Oublis et censures de l’historiographie acolhua coloniale: Nezahualcoyotl”, *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien Caravelle*, Toulouse, n. 72, 1999, p. 1130.
- _____, “Sucesión en Azcapotzalco”, *Arqueología Mexicana*, n. 112, noviembre de 2011, p. 36-41.
- “Leyenda de los soles”, en *Códice Chimalpopoca, Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*, 3.^a ed., traducción de Primo Feliciano Velázquez, prefacio de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992 (Primera Serie Prehispánica 1), p. 119-142.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Historia de la conquista de México*, Madrid, 1986 (Historia 16).
- Manuscrito Tovar, Origines et croyances des Indiens du Mexique*, Edición de Jacques Lafaye, Graz, Akademische Druk und Verlagsanstalt, 1972.
- MOLINA, Alonso de, fray, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, México, Porrúa, 2013 (Biblioteca Porrúa de Historia).
- MOTOLINÍA, Toribio de Benavente, fray, *Memoriales*, edición, introducción, notas y apéndice de Nancy Joe Dyen, México, El Colegio de México, 1996.
- OLIVIER, Guilhem, “Las tres muertes simbólicas del nuevo rey mexicana: reflexiones en torno a la entronización en el México Central prehispánico”, en *Símbolos de poder en Mesoamérica*, coordinación de Guilhem Olivier, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2008, p. 263-291.
- “Origen de los mexicanos”, en *Nueva colección de documentos para la historia de México*, edición de Joaquín García Icazbalceta, México, Andrade y Morales, 1891, v. 3, p. 281-308.
- POMAR, Juan Bautista, “Relación de Texcoco”, en *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, edición de René Acuña, t. 3, v. 8, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1986, p. 45-113.
- Proceso inquisitorial del cacique de Tetzoco*, México, Congreso Internacional de Americanistas/Gobierno del Distrito Federal, 2009.
- “Relación de la genealogía y linaje de los Señores que han señoreado esta tierra de la Nueva España”, en *Nueva colección de documentos para la historia de México*, edición de Joaquín García Icazbalceta, México, Andrade y Morales, 1891, v. 3, p. 263-281.



ROBELO, Cecilio A., “Diccionario de mitología nahoa”, *Anales del Museo Nacional*, segunda época, t. v, México, Imprenta del Museo Nacional, 1908.

Sahagún, Bernardino de, fray, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3.^a ed., 3 v., estudio introductorio, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000 (Cien de México).

THOUVENOT, Marc. *Codex Xolotl. Etude d'une des composantes de son écriture: les glyphes. Dictionnaire des éléments constitutifs des glyphes*, tesis de doctorado, París, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1987.

TORQUEMADA, Juan de, fray, *Monarquía indiana*, 3.^a ed., 6 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, v. 1.